

XVII

Con la feliz expedición del gualí de Málaga y la conquista de Medina-Sebta, coincidía precisamente la terminación del maravilloso palacio labrado en las entrañas del monte de Píñar por el desvanecido Príncipe.

Nada había comparable á la magnificencia por él desplegada en aquella obra, que parecía en realidad labrada por los genios: ni los alcázares de Gomdan, Jawarnac y Sedir en el Oriente, tan celebrados de rawies y viajeros, ni los suntuosos palacios erigidos en Córdoba por la opulencia de los Benu-Omeyyas; ni el famoso de Az-Zahrá, cuyas informes ruinas aparecen todavía á la falda del *Monte de la Novia*; ni el tantas veces ensalzado de Az-Zahira, fundado por Al-Manzor, ni ninguno otro, incluyendo el de la misma Alhambra, podían compararse en esplendor, grandeza y hermosura con el que destinaba para gozar de los amores de aquella mujer, que le trastornaba y enloquecía.

Hendido el monte en su sentido vertical, mientras conservaba al exterior las abruptas apariencias que le hacían inaccesible, encerraba en su seno un tesoro, mil veces más rico y estimable que aquel que en Medina Sebta había sido arrebatado á Abú-Thaleb por el gualí Abú-Said Farách en pos de la victoria.

Cruzado el ancho foso que se abría delante de la puerta principal,

ofrecíase ésta, á que dió nombre de *Bib-as-Sorur*, ó puerta de los placeres, en el costado N. del cerro, y hallábase exornada con tan prodigioso arte, que las labores que enriquecían las diversas partes del arco parecían obra natural, según la habilidad en ella empleada por los artifices.

De bellas proporciones y forma elegante de herradura, apoyábase en cuatro columnillas de trasparente alabastro, en cuyos capiteles de resaltadas y vistosas pencas se leía, en caracteres dorados sobre fondo azul, la exclamación:

La dicha eterna y la felicidad cumplida sean para mi dueño!

Adornaban la archivolta gran número de dovelas, llenas de preciosos relieves, como el tímpano del arco, las cuales, siendo de barro cocido y esmaltado de muy vivos colores, aventajaban en belleza á las obras de la naturaleza misma; y sobre la clave del arco tendíase en sentido horizontal hermosísima tabla de mármol blanco, en la que sobre fondo también azul se leía en dos líneas de graciosos y entrelazados caracteres mogrebinos, esmaltados en oro, la leyenda siguiente:

¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso! ¡Alabado sea! Mandó construir este palacio, asiento de la hermosura, trono maravilloso del amor, encanto de los sentidos y alegría del espíritu, el Sultán pio y generoso el Amir de los musulimes Abú-Abdíl-Láh Mohámmad, hijo del excelso, guerrero y virtuoso Sultán, Amir de los musulimes Abú-Abdíl-Láh Mohámmad, hijo de Al-Gálíb-bil-Láh. ¡Ayúdele Alláh y le proteja! Comenzóse esta obra en la luna de Dzu-l-Hicháh del año 702, y se terminó con el auxilio de Alláh en la luna de Xagual de 705.

Penetrando en el interior de aquel extraño edificio, hacíase en primer término anchuroso zaguan, cuya bóveda, de cuajadas estalactitas, presentaba aspecto maravilloso á la luz de las orbes de cristal, luciente que le iluminaban constantemente, los cuales parecían una constelación suspendida en aquel paraje, haciendo tomar bulto y relieve á la pintada yesería que decoraba los muros.

Gran número de macetas, en las cuales crecían arhustos enteros, alineábanse á unó y otro lado de aquel aposento, cuyo zócalo de peregrinas aliceres, al reflejo de los orbes de cristal, parecía oro derretido.

Trasponíase después estrecho y corto pasillo que daba paso á un pabellón de sorprendente estructura, pues todo él se hallaba suspendido de multitud de columnas agrupadas de tres en tres en los ángulos y apareadas en los intermedios, labradas todas ellas en el limpio mármol que producen las canteras de Macael, y en cuyo centro se ostentaba una fuente, cuya taza era de jaspe verde y cuyo surtidor afectaba la forma de un ave singular, toda ella dorada y cubierta de piedras preciosas, dispuesta con tal artificio, que al borbotear el agua por la garganta del animal, producía un canto melodioso y apacible que convidaba al deleite.

Denominábase aquel pabellón *Cobba-l-bahú*, ó sea el pabellón precioso, y con verdad que nada había en el mundo semejante á él en hermosura, así como tampoco podía existir nada comparable á las estancias que se extendían á uno y otro lado, en torno de un magnífico jardín, cuya entrelarga alberca, bordada de arrayanes, de murta, de naranjos, limoneros y otros arbustos, ofrecía en el centro un pabellón de tan prodigioso aparato, que excedía la fama de aquel otro pabellón erigido en los jardines de su alcázar por el Sultán de Toledo Al-Mámun, á quien Alláh haya perdonado, y á cuyo lado la *Cobba-l-bahú* carecía de importancia y de mérito.

Labrado en forma de cúpula ultra-semiesférica, hallábase coronado en su cima por un *tefféh* de oro á modo de cimera, mientras la cúpula al exterior se mostraba cubierta de doradas tejas, entre las cuales aparecían, así como por entre toda la labor exterior del edificio, multitud de lámparas de cristal de diversos colores, dispuestas de manera que, por donde quiera que se mirase cuando estaban encendidas, formaban el nombre de Mariem y el de Mohámmad unidos.

Esbeltas columnas de mármol rosa, en cuyo torno, como sartas de perlas, se enlazaban en espiral porción de lámparas de distintos matices, soportaban la cúpula, entre cuya labrada yesería, ya recorriendo la periferia de los arcos de diferente forma que componían el pabellón, ya dibujando los anegres de la archivolta, ora serpeando caprichosamente por los machones, las impostas y los *farjúhs*, así como por el *arrabaá* de los mismos, se hallaban lámparas de igual naturaleza que las de las columnas y la cúpula, ora formando estrellas,

ora fingiendo en su disposición los nombres de Mariem y de Mohámmad, y finalmente, delineando sobre el *farjáh* (1) de la principal entrada una inscripción en enlazados caracteres cúfico-floridos en que se leía distintamente:

¡Hizo Alláh descender á este paraje las maravillas del Paraíso, para que gozase de ellas en el mundo el Sultán Abú-Abdil-Láh-Mohámmad (¡perpetúe Alláh su felicidad!)—Mariem, la hermosa entre las hermosas, es el sol, y nuestro señor y dueño el Sultán la luna, que en eterno abrazo bendicen la clemencia de Alláh! ¡Ensalzado sea!

Multitud de figuras de oro, cuajadas de preciosas piedras, que semejaban toda suerte de aves, veíanse resaltar entre las labores del interior del pabellón; y cuando el Sultán se hallaba en aquel sitio al lado de Seti-Mariem, y el agua, brotando de la cima de la cúpula, se derramaba á uno y otro lado formando un fanal de cristalina tersura, que cerraba por completo el pabellón, y á través de cuyos hilos reverberaban con sus distintos matices las lámparas de la cúpula, de las columnas y de los arcos, todas aquellas aves prorrumpían de concierto en armonioso coro, ya imitando el cántico del ruiseñor en las selvas, ya el de la alondra en los campos, ora el del colorín en la espesura y ora el de otras aves canoras que regocijaban el espíritu.

Había recibido aquel suntuoso é ideal pabellón nombre de *Cobal-uz-Zohách*, ó sea *cúpula de cristal*, y era el sitio con predilección preferido por el Príncipe para gozar de los amores de la bella cautiva.

No menos suntuoso, aunque no tan espléndido, era el *Beit-as-senán*, ó aposento de los sueños, que precedía al baño, todo él de mágica grandeza, reuniendo aquel palacio, que apellidó no sin razón Mohámmad *Cassr-ul-mashur*, ó *palacio encantado*, tal suerte de maravillas y prodigios, que nunca, ni en los tiempos de Salomón (¡complázcase Alláh en él!); ni en los de Octavan Kayssar (2), cuya magnificencia era celebrada en todo el orbe; ni en los de *Dzu-l-Carnaïn* (3); ni en los de Harun-Ar-Raxid, tan ponderados; ni en ninguno de los palacios

(1) Arquitrabe.

(2) El Emperador Octavio.

(3) Alejandro Magno, *señor de los dos cuernos*, según le denominan los musulmanes.

de la antigüedad, ni aun en los soñados por los poetas en *Las mil y una noches*, podía encontrarse cosa que se le asemejase ni pareciera.

Las fábricas más afamadas de Málaga, Granada y Mallorca habían contribuido al brillo de aquel edificio con multitud de corpulentos y elegantes jarrones de porcelana dorada, donde se ostentaban, embalsamando el ambiente, las flores más preciadas; y en el centro de los aposentos reproducíanse los saltadores de aguas perfumadas, que llenaban todo el palacio de atmósfera embriagadora de sensuales delectaciones, á cuyo efecto contribuían los aromáticos pebeteros que esparcían en torno azuladas y olorosas espirales de constante humo.

Había, sobre todo, en aquel palacio una sala llamada la *sala de la figura*, en la cual, sobre labrado pedestal de hermoso mármol blanco, se erguía en adorable actitud una estatua maravillosa, labrada toda ella en mármol rosa, que era la imagen fiel de Seti-Mariem, y la representaba tan á lo vivo, que cualquiera al contemplarla hubiese creído que era la misma Mariem, despojada de sus vestiduras y mostrando al descubierto todos sus tesoros, sus gracias y sus hechizos.

Los záfiro brillantes eran sus ojos, y el coral imitaba los labios, mientras su dorada cabellera resplandecía con el oro de los adinanes empleado en ella para producir tan singular efecto.

Aquella era la maravilla de las maravillas, y Mohámmad gozaba muchas horas en la contemplación de tan perfecta imagen, que miró no sin regocijo Seti-Mariem, hallándola perfecta.

Cuando terminada la construcción de aquel edificio penetró en él la hermosa cristiana, á quien acompañaba más enamorado que nunca el Sultán, su regocijo fué tan grande, que no pudo menos de arrojarse en brazos de Mohámmad y colmarle de caricias.

Verdad es que Seti-Mariem se había convertido en otra mujer distinta, desde aquel momento en que al ver herido, ensangrentado y en tierra al infortunado don Sancho, pareció quebrantarse un punto el opaco velo de nebulosa obcecación, derramada sobre su conciencia por los maleficios y las artes del Príncipe, y prorrumpió en aquel grito supremo que le privó de sentido.

Jamás volvió á acudir á su memoria el recuerdo de los tristes tiempos pasados; no había en ella reminiscencia alguna de ninguno de los fatales acontecimientos de su vida; el deseo insaciable del Sultán había penetrado en la sangre de la cautiva, inficionándola, y sólo para él tenía vida y sentimiento, desarrollada en su naturaleza la fogosidad erótica, que la trocaba en la más amante, la más ardorosa de las mujeres.

Por eso sus labios, aquellos labios de coral tanto tiempo pálidos y fríos, habían vuelto á recobrar el calor y el matiz de otros días, de aquellos días en que, siendo niña, conoció y amó á Mohámmad en la capital del Sultán de Castilla Xanchol; por eso sus ojos, aquellos ojos cuya mirada nadie podía resistir sin sentirse atraído, y que desde el triste rebato de Al-Mantdar parecían muertos, como lámparas reanimadas habían recobrado el brillo y el esplendor perdidos con la transparencia y el encanto que eran nativos en ella, y su cuerpo todo, hermo­seado por la última eflorescencia de la juventud, había vuelto á ostentarse con la gallardía y el irresistible atractivo que mantenía encadenado al Príncipe á sus plantas.

El genio de la locura agitaba sin cesar sus alas en aquellas mansiones erigidas para el deleite, y no hubo durante mucho tiempo ser más feliz que Abú-Abdil-Láh Mohámmad, el Sultán de los musulmanes de Granada, el descendiente de Jazrech, el nieto de Saád-ebn-Obada, el compañero del Profeta!

Largas temporadas, abandonando el alcázar erigido en la colina *Al-hamrúa* y los graves negocios de la gobernación de sus Estados, corría frenético á los amantes brazos de Seti-Mariem, descansando en ellos de rencores, asechanzas y disgustos.

Pero semejante conducta, si pudo por algún tiempo permanecer desconocida para las muchedumbres, hubo al cabo de excitar la envidia y la ambición en ellas, murmurándose públicamente de la vida del Sultán, como digna del castigo de Alláh, aunque sin acertarse nunca respecto de la persona que de tal modo le tenía hechizado.

A fin de acallar el general desagrado, en vano fué que Mohámmad procurase hacer pública ostentación de su persona, ya los viernes en la *jothba* predicada en la *Mezquita-Ajama*, ya en festejos pre-

parados al efecto, ya en bélicos alardes, que llevaron en distintas ocasiones el gentío á la *As-sabica* y otros lugares de Granada: la murmuración proseguía, y era preciso de todo punto contenerla.

Siguiendo los consejos de su primer guazir Mohámmad Al-Lahmí y los de su kátib Isahack, y aprovechándose de las riquezas conquistadas en la toma de Medina-Sebta por Abú-Said Farách, daba principio el granadino á la erección de la suntuosa Mezquita de la Alhambra, emulando así el ejemplo que en siglos anteriores le ofrecían los gloriosos descendientes de los Omeyyas en Al-Andálus, al edificar la magnífica Mezquita-Aljama de Córdoba, siu semejante en ninguna de las tierras del Islam.

Mármoles exquisitos de Granada y Almería llenaban las tres naves de un bosque de columnas de dorados capiteles, sobre los cuales volteaban graciosos arcos cuajados de brillante decoración y de sentencias koránicas trazadas en caracteres de oro; pero donde mayor ostentación se hizo, fuera del alminar, con el que procuró oscurecer la fama del famoso de la Mezquita-Aljama de Ixbilia, fué en el *Mihrab*, ó adoratorio, donde tenía el su asiento reservado en la *macssura*, y donde se ostentaba el *al-minbar* para la *johba* de los viernes. No era ya aquel preciado mosaico bizantino de *foseifesa* que esmalta en la Mezquita de Córdoba la fachada entera y la cúpula del *Mihrab* y pregonaba la magnificencia y la suntuosidad de Al-Hakem II *Al-Mostanssir-bil-Idh* (¡Alláh le haya perdonado!); eran placas de azulejo dorado, cubierto de labores en relieve de vistoso y peregrino efecto, las que se ostentaban en aquella parte de la Mezquita de la Alhambra.

Como cuajadas pompas de cristal ó de brillante espuma, resplandecía la cúpula de colgantes estalactitas, que no podía mirarse sin trastorno; y del centro de la misma pendía airosa y gallarda, sostenida por recio cordón de oro y grana, majestuosa lámpara de bronce calado, entre cuyas labores se leía el mote de los Al-Ahmares *Sólo es vencedor Alláh*, trazado en elegantes caracteres mogrebinos. De la vacina donde se colocaba la gran lámpara y donde los días de gran fiesta ardía gran número de cirios, colgaban vistosas y peregrinas manzanas que en progresiva disminución apiramidaban, todas ellas

cubiertas de labor y caladas como la pantalla de la misma lámpara, mientras en torno del indicado recipiente y de la pantalla corrían concéntricas dos coronas de luz, donde se miraba porción de vasos de colores, que en las noches de Ramadhán debían, encendidos, producir fantásticos efectos.

Baños, hospitales, escuelas y mezquitas surgieron como por ensalmo del tesoro de Abú-Thaleb, el Sultán merinita, y multitud de trabajadores hallaron con él satisfacción y descanso; pero ninguna de estas obras y otras muchas de caridad que realizó Mohámmad fueron bastante poderosas para acallar la ambición ni la envidia, ni para contentar al populacho, que tildaba de indolente y apocado al Príncipe, viéndole tan distinto de lo que de él esperaba al inaugurar su reinado con la conquista de Al-Mantdar en territorio de Castilla.

Respondiendo al general disgusto, y fiando en la indolencia del Sultán, mientras se ponía secretamente bajo la protección del señor de Denia y Sultán de *Ats-Tsaguer-al-âli* (1), enarbolaba el primero la bandera de la rebelión el gualí de Almería, Soleymán-ben-Rabié tomando título de Sultán é invocando el nombre del barcelonés Ben-Cháymis (2); pero á pesar del aparente abandono en que Mohámmad vivía, no dejó de herirle vivamente la inesperada y desleal conducta de Soleymán, disponiéndose velozmente á castigarla.

(1) La frontera alta: Aragón. Todavía, en tiempo de Cervantes, se llamaban en África *tagarinos* ó *tsagarinos* los moros originarios de Aragón. (V. la historia del cautivo de Argel en el *Quijote*.)

(2) Don Jáime II.

XVIII

Hallábase el granadino en *Cassr-ul-mashur*, cuando la nueva de la rebelión de Soleymán llegaba á noticia del guazir Mohámmad Al-Lahmí, cuya fama y reputación de prudente le tenían en grande estima en el ánimo del Príncipe.

Con el deseo de atajar el incendio que parecía próximo á propagarse por todo el reino, y conociendo el lugar donde el Sultán se hallaba—por más que éste jamás le hubiera invitado á visitarle—seguido de algunos oficiales de la guardia y del kátib Isahack, tomaba apresuradamente el camino de Píñar, y dejando instalada la escolta en el castillo, guiado por el favorito de Mohámmad, penetró, no sin admiración y asombro, en las fantásticas estancias de aquel palacio, cuya existencia nadie habría sospechado en tal paraje.

Cuando estuvo en presencia del Amir, prosternóse en tierra reverente y demandó permiso para hablar.

—Grande debe de ser, ¡por Alláh, oh Mohámmad!—dijo el enamorado de Seti-Mariem—la importancia de lo que tienes que decirme, cuando te atreves á turbar la alegría de este alcázar encantado.

—¡Oh señor y dueño mío!—replicó el guazir alzándose—grandes y tristes son, en efecto, ¡asi Alláh me salve! las noticias que me obligan á venir en tal ocasión á tu presencia. Pero no son ya mur-

muraciones, no son ya amenazas ni temores eventuales de trastornos: el número de los réprobos ha aumentado, y los malos genios han dado cuerpo y animación á la envidia de tus enemigos que, juzgando dormido al león, le desafían, creyéndose seguros ya del triunfo.

—Explica, ¡por Alláh! tus palabras—repuso el Sultán—que me tienes impaciente.

—Señor, el gualí de la cora de Bachana, tu protegido Soleymán, que tanto amor y amistad te fingía, por las sugerencias de Xaythán, se ha rebelado contra tí, declarándose independiente y tomando el título de Sultán, favorecido por los nassaríes de *Ats-Tsaguer-al áli*.

—¿Será posible?—exclamó Abdil-Láh, lleno de sorpresa y de asombro.—¡Nó! ¡No puede ser, Al-Lahmí! ¡Tú estás equivocado! Soleymán, mi amigo de la niñez, el compañero de mi infancia, ¿rebelarse contra su señor y dueño? ¡Imposible!

—*Gua-Alláh* que así fuese ¡oh excelso Amir de los musulimes!

—¡Castigaré severamente su falsía! ¡Sí! ¡Daré en él ejemplo de mi justicia y de mi cólera! ¡Imbéciles! ¿Han creído, por ventura, que se ha extinguido en mi pecho la energía de los de mi linaje? ¿No les basta haber visto humillado á mis pies, por mi propio poderío, al gualí de Guadix Abú-l-Hachách-ebn-Nassr, que vale mil veces más que todos ellos juntos? ¡No ha enervado el tiempo la fortaleza de mi espíritu, ni me falta aliento para sembrar entre mis enemigos la desolación y el espanto! ¡Abú-l-Asuad!—exclamó, gritando, ya colérico—¡mi lanza y mi caballo! ¡Yo probaré á esos descreídos, á esos malos musulmanes, que el león no duerme! Que el león vigila, y no deja que nadie le sorprenda!

—Señor—añadió Mohámmad Al-Lahmí—previendo tus deseos, he hecho avisar á los principales caudillos de tu ejército, y á estas horas tendrás en Granada reunidas fuerzas bastantes para aniquilar al rebelde.

—¡Has hecho bien, por tu cabeza!—rugió el Sultán; y ordenando á su guazir que le aguardase en aquel aposento, desapareció tras de una puerta.

Después de recorrer algunas estancias, penetró por fin el descen-

diente de los Al-Ahmáres en el *Beit as-senón*, donde se hallaba Seti-Mariem, y se arrojó en sus brazos, colmándola de ardientes caricias.

—¿Qué tienes, mi señor, que veo tu semblante contraído y siento sobre el mío latir tu corazón apresurado?—preguntóle la hermosa con cariñoso acento, mientras hundía sus afilados y suaves dedos en la abundante y rizosa cabellera del Príncipe.

—¡Tengo, alma mía—repuso éste—que la deslealtad de mis vasallos me arrebató el único bien que poseo, que es tu amor! ¡Tengo que su infamia me roba los momentos de celestial deleite que aquí, en tus brazos y aspirando tu aliento, disfruto enamorado y loco! ¡Tengo que en breve he de separarme de tí, y sólo Alláh sabe si para siempre!

—¿Qué dices, Mohámmad?—interrumpió la cautiva—¿Por ventura hay algo que amenace tu existencia, para mí tan preciosa?—añadió Seti-Mariem interesada.

—¡Acaso, mi bien, sea esta la vez última que nos veamos!—añadió Mohámmad, incorporándose y desprendiéndose de los brazos de la desacordada cristiana.—¡La guerra me llama; pero no la guerra contra los enemigos de mi religión y de mi patria; no la guerra contra los nassaríes; ¡la guerra contra la ambición de mis vasallos! ¡La guerra contra los que pretenden arrebatarme el trono de Granada!

Alzóse también Mariem del diván en que se hallaba, é irguiendo su torneado cuerpo, al que prestaba singular encanto el traje deslumbrante que vestía, fijó los ojos un momento en el Sultán, y echándole los brazos al cuello y besándole en los labios, contestó:

—¡Así te quiero yo, Mohámmad! ¡Así te veo en mis sueños! ¡Noble, valiente y aguerrido! ¡Como el águila altanera que desafía animosa el huracán y la tormenta! ¡Como el león del desierto que no cuenta sus enemigos para lanzarse al combate!... ¡Vé, ve y triunfa de los que desleales te amenazan y te retan! ¡Vé, y que tu espada vencedora aniquilase hasta el último de ellos!

Hermosa estaba, con verdad, Mariem al pronunciar tales palabras, que como eco dulcísimo de las armonías del Paraíso resonaban en el fondo del corazón del Amir, estimulándole á la lucha.

Nada quedaba en ella, sino aquel arranque nobilísimo, de la antigua matrona castellana; parecía, en su desvanecedora perfección y su arrogante belleza, la perla delicada y esplendente dentro de su concha, en aquellos aposentos maravillosos que el amor había creado para ella, y con aquel traje provocativo y esplendente, que hacía resaltar todas sus gracias.

La virtud y la potencia de los hechizos empleados con ella por el Sultán, le habían dado nuevo ser, plegando su conciencia y su voluntad adormecida para siempre á la voluntad y al deseo de Mohámmad.

Por eso, reflejándose en su alma como en un espejo la ardorosa pasión que poseía el alma del Príncipe, respondía con caricias á sus caricias y con locura á sus locuras.

No era, en realidad, la antigua castellana de Al-Mantdar; la esposa fiel y casta del desventurado Sancho Sánchez de Bedmar, la que se producía de tal modo; aquella mujer había muerto, y en su lugar quedaba otra, creada para el deleite por el deleite de su apasionado verdugo.

Enardecido por el arranque de Seti-Mariem, Mohámmad pagó con usura la nobleza de aquellas palabras, y fundiendo su alma, al calor de un beso, en los labios de la cautiva, salió del *Beit-as-sendn* lleno de entusiasmo.

Esperábale en el zaguán de *Cassr-ul-mashur* el guazir Mohámmad Al-Lamí, y, fuera ya del foso, Abú-l-Asuad tenía de las riendas un fogoso potro ricamente enjaezado, sobre el cual montó Abdil-Láh, siguiéndole á pie, por el arrecife que conducía á través de las breñas al castillo, Al-Lahmí é Isahack-ben-Chábir, ambos en silencio.

Cuando el Sultán apareció en la meseta superior de la colina y hubo penetrado en la plaza de armas del castillo, pudo observar que, jinetes sobre sus cabalgaduras, aguardaban en aquel sitio sin duda su presencia los adalides y mocademes que habían acompañado al guazir hasta aquel paraje.

Luégo que Al-Lahmí y el kátib se hubieron incorporado al Sultán y posesionado de sus caballos, aquella fuerza, silenciosa, descen-

diendo de tales alturas, tomó el camino de Granada al galope de los rápidos corceles.

Con la celeridad del rayo, aunque el mensaje recibido por el guazir era secreto, habiase difundido por la hermosa ciudad del Genil y del Darro la nueva de la formidable rebelión del gualf de Almería, y multitud de grupos sospechosos invadían las calles y los zocos, comentando el suceso y augurando fúnebremente para Mohámmad, á quien estimaban incapaz de sofocar el incendio tanto tiempo latente y ya declaró y amenazante.

Los descontentos murmuraban sin rebozo, y en la población se dibujaban, entre los indiferentes, dos partidos que opinaban de muy distinto modo, ya creyendo los más que no osaría el Amir de los musulimes (¡Alláh le haya perdonado!) salir al campo á defender su derecho, ya afirmando calurosamente los otros que Mohámmad, luégo que tuviese noticia del suceso, volaría á destruir al gualf desleal, haciéndole pagar con la cabeza su infame alevosía.

La presencia del Príncipe, escoltado por el primer guazir y los adalides y mocademes más conocidos por su valor del pueblo, puso término á tales controversias, y Mohámmad penetró en la capital de sus Estados en medio del más imponente y lúgubre silencio, que no dejó de afectar grandemente su espíritu.

A la mañana del siguiente día, congregados los *tahás* de la gente de Elbira y reunido el ejército en las afueras de *Bib-Guadi-Aw*, salía el Sultán con bélico aparato de su alcázar de la Alhambra, y pasando por medio de la ciudad, pudo advertir, no sin dolorosa impresión, que ya no, como antes, los musulimes de Granada se agrupaban para verle, saludarle y bendecirle en nombre de Alláh, sino que parecía que huían ahora sus miradas.

Impresionado por aquella indiferencia que juzgaba no haber merecido, sintió Mohámmad oprimido el corazón; y aunque los augurios con que la suerte se había á él significado al *traspasar Bib-al-Godor* eran favorables, no por ello dejó de sentir vivo dolor, llegando preocupado y triste á las afueras de la ciudad, donde le esperaba otro desengaño.

Nadie había en los adarves ni en los muros; nadie tampoco se aso-

maba por las abiertas hojas de *Bib-Guadi-Ax*; sólo tres ó cuatro desocupados, tendidos al sol y pasando con fervorosa unción las cuentas de su rosario, se mostraban al lado de los cubos de las murallas que circundaban la gentil Granada y dieron margen por ello á que hiperbólicamente la llamasen los poetas *la ciudad de las mil torres*.

Recordaba, no sin profunda pena, cuán distinto era el espectáculo que había ofrecido á sus ojos aquella ciudad, la capital del Islam vencido en Al-Andálus, cuando en los comienzos de su reinado, y guiado sólo por el deseo, había acometido la victoriosa empresa de Al-Mantdar, bien pequeña é insignificante, ciertamente, al lado de aquellas otras recabadas sobre los nassaríes por su augusto progenitor Mohámmad II Ebn-Al-Gálib-bil-Láh.

Desechando, no obstante, la preocupación de su espíritu, y menospreciando animoso aquella muestra de la irreverente indiferencia de que alardeaban contra él los granadinos, púsose al frente Mohámmad de sus tropas, y tomó en silencio, sin pronunciar alocución alguna y sólo comunicando á los caudillos las órdenes precisas, el camino de Guadix, que, á través de *Albuzarrat* (1), debía conducirle al territorio de Bachana, donde ansiaba llegar á las manos con su antiguo amigo Soleymán, á quien su magnificencia había hecho gualí de aquella cora.

Formada en vistosos haces siguió la tropa al Sultán también en silencio, y de este modo se hizo hasta Guadix la jornada, incorporándose en este sitio las gentes de aquella *tabá* al mando del gualí Abú-l-Hacháh-ebn-Nassr, al fin sometido á su pariente.

Por su parte, Soleymán, ayudado por Cháymis Al-Barxeluní, había traspuesto los límites del territorio de su mando y enviado gran número de embarcaciones para posesionarse de *Chezirat-ul-Hadhrá*, no con otro propósito que con el de tener por tal manera sujeto al granadino, amenazándole de un lado con el poderío de Cháymis y por el otro con el de Ferrando-ebn-Xanchol de Castilla, con quien también se puso de concierto.

(1) La Alpujarra.

Para fortuna de Mohámmad, la ciudad de Almería se mantenía fiel á su soberano el Sultán de Granada, á quien abría regocijada sus puertas; pero Soleymán no se encontraba en parte alguna de la cora, por lo cual, dejando el granadino el cargo y conducta del ejército á su guazir Al-Lahmí, tomaba la vuelta de Málaga, y reclutando allí las tropas del gualí Abú-Said Farách, encaminábase por Ronda á auxiliar á *Chezirat-ul-Hadhrá*, puesta en grave aprieto por el rebelde.

Entre tanto, los nassaries (¡Alláh los maldiga!) habíanse presentado frente á la ciudad de Almería con el intento de rendirla, cual en tiempos anteriores, aunque momentáneamente, lo había conseguido el Sultán de Castilla Adhefonso VII; y mientras las lluvias y los recios temporales impedían á Mohámmad III realizar sus designios, Soleymán, pasando á Ifrikia, asediaba por mar y tierra con sus gentes á Medina-Sebta, amenazando su conquista.

Como si todo esto no fuera bastante, conocida que fué en Castilla la apurada situación del Sultán de Granada, formóse allí formidable ejército de muchedumbre de gentes, con el cual se apoderaron los nassaries de la ciudad de *Chebel-Tháriq*, que se rindió á convenio, é intentaban hacer lo propio con *Chezirat-ul-Hadhrá*, ya retirados de tales sitios los leones del Islam, desesperados de reducir al maldito Soleymán, á quien Alláh haya dado aposento en las abrasadas honduras del *chahanem!*

Tan apurada era, con verdad, la situación del antiguo debedador de Al-Mantdar, que habría sin duda decaído su ánimo, combatido de tan distintas suertes, sin el eficaz auxilio y la palabra cariñosa y persuasiva de Seti-Mariem, en cuyo seno derramaban sus ojos abundantes lágrimas de desesperación y de cólera.

A sus miradas se ofrecía, no sólo quebrantada, sino destruída la unidad del Imperio de los Al-Ahmares, y-proscrito, proscrito y rechazado de Al-Andálus en sus días el Islam, que otro tiempo dominaba en él por completo! Veía amagada de perderse, con su rico territorio, á la alegre Almería, en manos ya del Sultán de *Ast-Tsaguer-al-âli*; á *Chebel-Tháriq* en poder del Sultán de Castilla y á *Chezirat-ul-Hadhrá* rendida al esfuerzo de los nassaries; Medina-Sebta, sometida á Soleymán, y como término y remate de todo, el descontento, el

odio y la rebelión cerniéndose sobre su cabeza en la misma Granada!

A fin de conjurar la tormenta y hacer en algún modo frente á tantos enemigos, Mohámmad no halló otro recurso que el de acudir al Sultán de Castilla, señor de Granada, y en cuyo nombre él gobernaba á los musulimes (1), y solicitar la paz, de que se hallaba tan necesitado, lo cual conseguía al postre mediante la entrega de las fortalezas de Quadros, Chanquin, Quesada y Al-Mantdar y cien mil doblas de oro!

¡Triste situación, á que los crímenes de los musulmanes de Al-Andálus habían reducido al Islam, ya decadente y postrado entre los rumfes orgullosos y vencedores!



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) No se olvide el vasallaje en que se hallaba el reino de Granada, desde la conquista de Jaén por San Fernando en los días de *Al-Gálíb-bil-Láh*, respecto del reino de Castilla.

XIX

¡Cuán distinta era para Mohámmad la realidad que tocaban sus manos, de aquellas otras esperanzas que alentaban su espíritu al tomar posesión de la sultanía!

Enardecido entonces por el ejemplo de su ilustre progenitor, juzgaba empresa fácil y hacedera la de devolver al Islam en Al-Andálus el esplendor que había perdido para siempre.

Sueños generosos que, á través de los tiempos, abrigan y abrigarán constantemente los musulmanes. ¡Así Alláh haga prosperar su ventura!

¡Cuántas veces, al recorrer las calles de la opulenta Ixbilia, allá en la edad ya desvanecida de sus floridas mocedades, cuando se disponía presuroso á acudir al pie de las celosías de Mariem, que le juzgaba afiliado al bando de los impostores (1), cuántas veces se había

(1) Los cristianos. En concepto de los musulmanes son impostores todos aquellos pueblos que no admiten la unidad divina en la forma que la predicó Mahoma; porque el profeta de Koraix, para combatir la idolatría, el fetichismo y las demás aberraciones religiosas á que se hallaban entregados los pueblos y tribus de la Arabia en la época de su predicación, tuvo que levantar sobre todo el principio de la unidad de Dios, *Al-Láh*, ó sea el Dios por excelencia, el Dios único, formando el Credo musulmán: *Alláh es único, no engendró, ni fué engendrado, ni tiene semejante alguno*, con lo cual negaba la naturaleza divina á Nuestro Señor Jesucristo, á quien, sin embargo, llama *espíritu de Alláh* á quien cuenta en el número de los Profetas.

dolido de la pérdida de aquella ciudad insigne y de la parte que en tal desdicha había tomado, al servicio del Sultán de Castilla, su propio abuelo *Al-Gálíb-bil-Láh!*

¡Cuántas veces había soñado afanoso en rescatar á Ixbilia, en recuperar el territorio perdido vergonzosamente por los musulimes y emular la gloria de aquel caudillo, Mohámmad Abi-Amér Al-Manzor, cuyas hazañas y proezas prodigiosas cantaban los rawíes, maravillosamente ponderadas por la tradición y por la leyenda!

¿Qué valía el reino de Granada al lado de aquella infinitud de reinos y comarcas que en Al-Andálus y en Ifrikia rendían parias á los califas sucesores de Ebn-Moáwia?

Fuertes, poderosos, teniendo á sus plantas humillados á los nassaries, eran los Beni-Omeyyas el ideal de Mohámmad III de Granada, cuya aspiración única consistía en emular su grandeza y recuperar su poderío.

Pero ¡ay! que los crímenes de los siervos de Alláh habían dado margen á su desdicha!

¡Alláh, el Clemente, el Misericordioso, había consentido, en su infinita sabiduría, que los musulmanes sufriesen ahora el afrentoso yugo de los nassaries, y no eran ya aquellos en que Mohámmad vivía los tiempos en que el guerrero, el valeroso háchib de Hixém II paseaba triunfante de uno á otro extremo las regiones todas de Al-Andálus, sembrando el espanto y la muerte entre sus enemigos!

Acaso fuera él, el descendiente de los Anssares, que habían ayudado al Profeta (¡reverenciado sea su nombre!) á extender la palabra de Alláh por el universo, el encargado por el destino para devolver al Islam el prestigio de que carecía, y sus soldados, nietos de aquellos que habían invadido Chezirat-al-Andálus y la habían sometido á su esfuerzo heroico, los que volvieran á reducir á la impotencia á los rumíes, ahora orgullosos de su prosperidad y otro tiempo humillados por la espada de los conquistadores!

Pero todos aquellos sueños de grandeza se habían desvanecido como por encanto.

Vea Mohámmad cuál era su pequeñez al lado de los Sultanes de Castilla y de *Ats-Tsaquer-al-áli*; cuán dolorosa era la ruina del Islam,

esclavizado, avasallado y dependiente de sus irreconciliables enemigos, sin que los hijos de Granada pudieran en modo alguno sacudir aquel yugo afrentoso, pues no era su número, aun reuniendo el de las mujeres, comparable con el de los hijos que producían los extensos territorios que en Al-Andálus poseían los Sultanes nassaríes.

Contaba con que la ambición y la discordia habrían para siempre desaparecido entre los musulimes, á quienes pensaba en cien combates llevar á la victoria; y la rebeldía del gualí de Guadix primero, y después la deslealtad del que regía la corá de Bachana, habíanle demostrado, con el descontento general de sus vasallos, cuán equivocado estaba en sus cálculos de gloria.

Invadidos por uno y otro lado sus dominios, sentíase sin fuerzas para contrarrestar el impulso de sus enemigos, y renegaba de su suerte, quebrantado el ánimo y perdidas las ilusiones de la juventud, tan amorosamente otro tiempo acariciadas.

¡Cómo había de poder recuperar á Ixbilia del poder de los rumíes, si no le era dado impedir el que éstos, una por una, le arrebataren sus ciudades y tenía que humillarse ante ellos!

Abismado en semejantes pensamientos, una vez conseguida, á costa de las poblaciones citadas, la tregua con Castilla, tomaba sombrío y silencioso Abú-Abdil-Láh Mohámmad la vuelta de Granada, lleno de duelo el corazón y de negras sombras el espíritu.

Durante su camino, si no ostensibles señales de desagrado, halló por todas partes glacial indiferencia; sin que fuera el recuerdo de Mariem bastante poderoso para disipar las nieblas que oscurecían su alma.

En balde, así el guazir Mohámmad Al-Lahmí como su kátib predilecto Isahack-ben-Chábir, procuraban divertir su ánimo á otros asuntos para él más agradables.

Sombrío y ceñudo, con la desesperación pintada en el semblante, cruzaba la Serranía de Ronda y llegaba á las puertas de la capital, que parecía un sepulcro.

¿Qué se había hecho de aquel entusiasmo con que era recibido por los granadíes al regresar de la expedición de Al-Mantdar y del triunfo, logrado por las armas, sobre el gualí de Guadix, su rebelde pariente?

¿Por qué ahora las calles estaban solitarias y no resonaba grito alguno de bienvenida en las silenciosas celosías de las casas ni en los zocos y xareâs?...

¡Cómo concertaban aquella soledad y aquel silencio con el desencanto del Príncipe! ¡Cómo amargaban más aún su inconsolable disgusto!

Apenas llegado á su Alcázar de Medinat-al-hamraá, despojábase apresurado Mohámmad de los arreos militares, y tomando un caballo de refresco, sin procurar descanso á su cuerpo fatigado, seguido por algunos oficiales de su guardia, encaminábase á Píñar, ansioso de hallar un corazón cuyos latidos respondiesen á los del suyo y encontrar quién le compadeciese y esforzara.

De este modo, presa de horrible angustia, con el alma destrozada por la evidencia del cruel desengaño que había sufrido, pretendía presentarse en los maravillosos y subterráneos aposentos de *Cassru-l-mashur* para arrojarse en los amantes brazos de Seti-Mariem, sorprendiéndola con su presencia inesperada.

Era ya la caída de la tarde de uno de los postreros días de la luna de Xaâban de 708 (1). El tiempo estaba frío, y oscuros nubarrones, amontonados primero sobre las cimas de la sierra y extendidos luégo por el viento, cubrían la inmensidad de los cielos, poblándola de sombras cada vez más espesas.

Los últimos rayos del sol, pálidos é inciertos, reflejando en las nubes, bordábanlas de ligeras cenefas de amarillento fulgor, cercadas por una aureola gris, manchada á intervalos por negruzcas rayas.

De trecho en trecho, á través de las tierras labrantías, blanqueaba algún que otro caserío, cuya silueta se recortaba, á los últimos destellos del ceniciento día, sobre el oscuro fondo que formaba la masa indecisa y vaga de los lejanos montes.

¡Silencio y soledad por todos lados! A aquella hora, en que desde la plataforma de los alminares de las mezquitas invitaban á la oración los muedzanos en los lugares habitados, el hermoso campo de Granada, yermo por la estación, presentaba muy triste aspecto.

(1) Medios de Febrero de 1309.

Húmeda y como adormecida en el trabajo de la gestación estaba la tierra: los árboles ofrecían indefensos á los vientos sus desnudos troncos, y sus ramas secas y nudosas se levantaban con ademán supplicante al firmamento.

Embozado en los pliegues de su ancho haique, contemplaba Mohámmad, conteniendo los suspiros, el cuadro que á tales horas brindaba la naturaleza.

No se oía en aquellos campos rumor alguno, fuera del que producían los cascos de los caballos sobre el pedregoso arrecife y el zumbido del viento; ni el eco de la voz del campesino que torna fatigado á sus hogares entonando alguna canción para distraer el camino; ni el ligero gorgear de las aves, que habían huido á más templadas regiones en el invierno; ni siquiera el monotonó y estridente canto de la cigarra, que anima en otras épocas los campos.

Parecía que caminaba Mohámmad por un desierto, ó á través de un pueblo cuyos habitantes hubieran sucumbido, como en otros días las ciudades malditas, víctimas de la cólera del Omnipotente.

Poco á poco las sombras fueron espesándose, y á medida que la cabalgata iba aproximándose á Piñar, crecía la oscuridad en torno, confundiendo los objetos pavorosamente.

Nada importaba al Sultán de Granada que la noche le sorprendiese en tal expedición: no le imponían las sombras, ni su corazón temblaba; y por eso, abstraído en sus meditaciones, dejaba correr á su voluntad la cabalgadura por el camino de Piñar, excitándola de vez en cuando con el águdo acicate.

De pronto, y al volver un recodo, ya cerca de la garganta donde tiene asiento el pueblo, el caballo dió un bote que casi desazonó al jinete, y se encabritó con violencia.

Antes de que el Príncipe se hubiese repuesto, un bulto en las sombras avanzó hacia él, y mientras sujetaba con fuerte mano por la barbadá al fogoso bruto, oyó el Sultán la voz de un hombre que con acento extraño á él se dirigía, exclamando:

—¡Por fin!

—¿Quién eres?—preguntó colérico el Sultán empuñando al mismo tiempo su espada y desembozándose.

—Dí más bien que quiénes somos—replicó otra voz á su espalda.

—¡Quien quiera que seáis, apartaos—rugió Mohámmad—ó probaréis el temple de mi espada damasquina!

—En balde es que lo intentes—dijo el primero con acento sosegado.—Modera, ¡oh Mohámmad! tu enojo y oye-nuestra voz.

—Luego ¿sabéis quién soy?—interrogó el Amir, conteniéndose á duras penas.—Y ¿no os amedrenta lo horrible del castigo que os aguarda por vuestro atentado?

—¡Nó, Mohámmad!—No nos amedrentan tus amenazas, y no serás tú ciertamente quien lás ejecute en nosotros. La impaciencia te ha hecho adelantar á los jinetes de tu escolta, y estás solo, solo y en nuestro poder!

—¡Por Alláh, que me encanta vuestra osadía! ¡No ha menester el Sultán de Granada de otros brazos que los suyos para desembarazarse de vosotros, miserables!

—¡Detente, Mohámmad, si en algo estimas tu existencia!

—¡Basta!—gritó el amante de Mariem, levantando en alto su espada y clavando despiadado los acicates en los ijares de su cabalgadura.

Pero ésta, después de un figero temblor, dando un bote cayó al suelo, y Mohámmad rodó por tierra.

Antes de que hubiera podido levantarse, estaban sobre él los dos desconocidos y misteriosos personajes, quienes arrancando de sus manos el arma que esgrimía, y quitándole al par las que llevaba sujetas del tiráz que rodeaba su cintura, le ayudaron á alzarse.

Mohámmad entonces, lívido de coraje, cruzóse de brazos con arrogante y provocativo ademán, exclamando:

—¡Aquí me tenéis! ¿Quiénes soís? ¿Qué me queréis?

—¡Camina delante de nosotros, desventurado, y cuando estes en presencia de la que tú llamas Seti-Mariem, entonces sabrás quiénes somos!—respondió en tono lúgubre uno de los desconocidos.

Escuchábase ya cercano el rumor de los caballos de la escolta, y reanimado por aquella próxima esperanza, negóse resueltamente el granadino á satisfacer los deseos que sus ocultos enemigos le mani-

festaban; pero éstos, sin parecer preocuparse por semejante circunstancia, añadieron:

—¡Cerca están tus soldados, Mohámmad, y dentro de breves instantes los tendrás á tu lado; pero no te servirá de nada su auxilio: porque antes de que lleguen aquí, si no te has decidido, habrás entregado tu alma maldita á Satanás! ¡Decide!

—¡A mí!—gritó con ronco acento el Príncipe, para llamar la atención de su escolta—¡A mí!

—¡Cobarde!—rugió amenazante uno de los desconocidos—¿Eres tú el bravo, el que se llama león de la guerra, y tiembas ahora delante de nosotros como el criminal delante de sus jueces? ¡Valiente, cuando triunfas de los débiles! ¡Cobarde, cuando te hallas en presencia de los fuertes!

—Mientes, tú, quien quiera que seas—exclamó frenético el Sultán.—¡Dame, dame mi espada, dame un arma cualquiera con que pueda defenderme y luchar á un tiempo mismo con vosotros dos, y veréis si es cierto que tiembla mi corazón! ¡Brava hazaña, por Alláh, la vuestra, después de que me habéis alevosamente desarmado! Pero aun así no me amedrentan ni vuestras amenazas, ni vuestros insultos!

Nadie contestó á su razonada queja; y en aquella actitud provocativa, con el rostro ceñudo y el corazón agitado por la cólera, permaneció el Príncipe algunos momentos, esperando la respuesta ó la accetida de aquellos singulares enemigos que se atrevían á la augusta persona del Imám de los musulimes.

El zumbido del viento, al agitar las ramas secas de los árboles, fué el único rumor que oyó Mohámmad como respuesta á sus palabras arrogantes, sintiendo, en cambio, que un frío intenso, glacial y extraño, naciendo en su propio pecho, iba poco á poco extendiéndose por todo su cuerpo, cuando atraídos por los gritos que antes había lanzado, llegaban hasta el Sultán sus oficiales.

—¡A mí!—volvió á repetir Mohámmad con voz desfallecida.

—¡Oh señor mío!—exclamó el oficial que había llegado primero, apeándose de un salto del caballo que montaba y dirigiéndose al Sultán.—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

En balde, mientras hablaba el soldado, trataba el Sultán de sondear las tinieblas buscando á los dos desconocidos.

Éstos habían desaparecido en la sombra por completo.

—No es nada—contestó el Príncipe con tembloroso acento, procurando tranquilizar á los suyos, que ya le rodeaban sobresaltados.—*Raijáh*, mi pobre *Raijáh* (1) ha debido tropezar contra alguna peña y me ha derribádo.

—¿Estás por desventura herido, oh señor nuestro?...—tornó á preguntar de nuevo el que había hablado primeramente.

—Nó... nó...—repuso Mohámmad vacilante.—Ayudad á mi pobre *Raijáh*, y no nos detengamos más tiempo.

Levantado el bruto, volvió en él á montar el granadino, y aunque sentía que los oídos le zumbaban y que iba de él apoderándose extraña debilidad, caminó animoso, seguido muy de cerca por la escolta, hasta llegar al castillo de Piñar, donde se separó de ella, penetrando después solo en *Cassr-ul-mashur*.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) *Raijáh* significa viento.

XX

La presencia y las caricias de Seti-Mariem hicieron olvidar al pronto al Príncipe lo misterioso de aquella aventura que no acertaba á comprender, y sus negros presentimientos se desvanecieron como por encanto cuando en el esplendor del *Beit-as-senán* se halló en brazos de su amante.

Algunas sombras oscurecían, á pesar de todo, su semblante, y cuando penetró en la estancia sentía cierta tibia humedad en sus ropas y cierto decaimiento en su espíritu, que no pasó inadvertido para Seti-Mariem.

—¿Qué tienes, amor mío?—preguntó ésta al estrechar sobre su pecho la cabeza de Mohámmad.—¿Por qué tus ojos no brillan con el fulgor de otros días y contrae tu rostro la huella del pesar y del disgusto? Pero, ¿qué es esto?—añadió, llevándose rápidamente las manos á los ojos.—¡Sangre! ¡Sangre, Mohámmad! ¿Estás herido?

Y con febril precipitación comenzó á desabrochar las ropas del Sultán, quien, por su parte, doblaba la cabeza en silencio y perdía el sentido.

—¡Sangre! ¡Sangre!—repetía Mariem con acento dolorido—
¡Sangre!

—¡Sí, sangre!—exclamó á sus espaldas lúgubrementemente una voz.—
¡La sangre del enemigo de tu dicha, infeliz; la sangre de aquél que ha sido causa de tu desventura!

Volvióse rápida Mariem al escuchar tales palabras, y vió á su lado dos sombras, más que dos hombres, envueltas en recios balandranes y encubierto el rostro.

Lanzó un grito la cautiva, y poniéndose en pie de un salto, quedó frente á frente de los dos desconocidos, toda trémula y con el corazón palpitante por la sorpresa.

Los encubiertos permanecieron breve instante contemplándola, no sin emoción, y al cabo, rompiendo aquella pausa, ya algún tanto repuesta de su asombro, exclamó Seti-Mariem, como poco antes lo había hecho en el silencio de la noche el Príncipe:

—¿Quiénes sois?... ¿Qué queréis?...

—¿No nos conoces, desventurada?... ¿Nada te dice, nada te recuerda, infeliz, el eco de nuestra voz?—respondió con amargura uno de los desconocidos.

—¿Tan desvanecida estás—añadió el otro en el mismo tono—que no hallas en tí misma la respuesta?

—¡Mírame!—dijeron á un tiempo mismo ambos, dejando caer á la espalda la capucha del balandrán que les envolvía, y colocándose de manera que pudiese Mariem, á la luz de las encendidas lámparas, contemplarles.

Eran, uno y otro, mancebos de gentil apostura y noble continente, que habrían cumplido apenas los veinticinco años, y su hermoso semblante, adornado de negra y rizada barba, aparecía empañado por cierta sombra indefinible de melancolía que les hacía por todo extremo interesantes.

Iban vestidos de extraña manera, pues mientras les envolvían recios balandranes de paño oscuro y fuerte, ostentaban debajo ricas prendas mezcladas muslimes y cristianas, que les daban singular aspecto.

Quedó un momento Mariem suspensa contemplándoles, sin dar señales de conocerles, y ellos, en tanto, la devoraban con los ojos, como si quisieran por allí dejar escapar su alma y que penetrase ésta en el adormecido corazón de la cautiva.

Por fin, y después de aquel silencio embarazoso, exclamó uno de ellos con expresión amarga:

—¿No nos conoces, desdichada mujer?... ¡No nos conoces! ¡Y, sin embargo, nos has llevado en tus entrañas, nos has prodigado en otro tiempo tus ardientes y puras caricias, nos has amado con todo tu corazón, según decías!

—¿Quiénes soís? ¿Quiénes soís?—repetía entre tanto Mariem, abriendo sus ojos desmesuradamente y llevándose ambas manos á la cabeza, cual si pretendiese con aquel ademán recoger todos sus recuerdos, recuerdos que habían huído para siempre de su perturbada y oscurecida memoria por voluntad del Príncipe y por efecto de misteriosas influencias!

—¿Quiénes soís?—decía mirándoles—¡Oh!... ¡Nó, no os conozco! ¡No os conozco, y, sin embargo...!

—¡Que no nos conocéis, señora!—exclamó tristemente el mayor de los mancebos—¡Oh! ¡Recordad, recordad por Dios! ¿No hay en vuestro ser nada que se conmueva á nuestra vista?... ¡Desventurados! ¡Desventurados de nosotros!

Y sin poder contenerse, rompió en acerbo llanto.

Presas de singular inquietud, paseaba la cautiva sus miradas de uno á otro joven, sin que las tinieblas que reinaban en su alma se desvaneciesen: ¡sin que una sola de las fibras de su adormido corazón se estremeciera!

—¡Tanto han cambiado, señora, vuestros hijos!—repuso el que hasta allí había hablado—¡tanto, que ya no los conocéis!... ¡Miradnos!... ¡Somos Juan Sánchez y Jimén Pérez, vuestros hijos! ¡Aquéllos que abrigásteis en vuestro regazo, que alimentásteis con vuestra sangre! ¡Oh!—continuó como hablando consigo mismo—cuando después de tan largos años de triste orfandad, de amarga vida y de horribles penalidades, logramos llegar hasta ella para rescatarla! ¡Cuando tocamos el término de nuestros afanes!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de nosotros! ¡Esfuerza nuestro espíritu, quebrantado ya con tantos golpes!

Y se dejó caer sobre el diván, tropezando con el cuerpo inerte del Príncipe.

—¡Mis hijos!—decía Mariem con extraña agitación—¡Mis hijos!... ¡Yo no he tenido nunca hijos!... ¡Nó!... ¡Mentís! ¡Yo no he conocido,

yo no he amado nunca á otro hombre que á Mohámmad!... ¡No os conozco, nó! ¡No sé quiénes seáis!

Entre tanto, el Sultán iba poco á poco volviendo del desmayo, y entrecortados suspiros salían penosamente de sus labios, pálidos y secos.

—¡Loca, loca!—exclamaba desconsolado Juan Sánchez, mientras su hermano permanecía en sombrío silencio y con la cabeza inclinada.—En pos de tantos riesgos para encontrarla, ¡en qué estado, Dios mío, nos la presentas!

—No hay tiempo que perder, hermano—dijo Jimén con lúgubre acento.—¡El enemigo eterno de nuestra dicha recobrará en breve el sentido, y antes de que tal suceda, es preciso que estemos ya lejos de aquí con nuestra madre!

—¿Y hemos de dejarle así, Jimén?—interrogó Juan, señalando al Príncipe con la mirada.

—¡Nó!—repuso aquél con acento colérico.—¡Nó! ¡La hora de la venganza ha sonado! ¡La sangre de nuestro padre pide sangre, y nuestra honra mancillada exige el castigo del culpable!

Y desenvainando la broncha que pendía de su cintura, encaminóse hacia donde permanecía, aún aletargado, el cuerpo de Mohámmad.

—¡Detente!—exclamó Juan Sánchez, interponiéndose rápido como el pensamiento entre su hermano y el Sultán.—No es de hidalgos como nosotros vengar nuestra afrenta en hombres inermes... Atendamos primero á nuestra madre: volveremos luégo á buscar á este hombre.

Seti-Mariem, en tanto, había continuado en pie, sin acción ni movimiento. Clavados los ojos en el suelo, enarcadas las cejas y toda sacudida por inacostumbrada emoción, parecía una estatua, no llegando á sus oídos siquiera el eco de las palabras cambiadas entre sus hijos.

Antes, sin embargo, de que hubiera podido comprenderlas, lanzábanse ambos de improviso sobre ella, y levantándola en sus brazos, huyeron de aquel sitio, á pesar de los gritos y de las protestas de la cautiva.

Ya era tiempo, porque Mohámmad, en el punto en que ellos desaparecían, abrió los ojos extraviados y paseó sus miradas por el *Beit-as-senán*, sin darse cuenta del paraje en que se encontraba.

Incorporóse lentamente, y pasando la diestra por la cara, trató de coordinar sus recuerdos.

—¿Dónde estoy?—dijo, recorriendo con los ojos la lujosa estancia.

—¡Ah, sí!... ¡Ya recuerdo!... ¡Ya recuerdo!... ¿Y Mariem?—se preguntó al cabo de un instante.—Aquí, aquí á mi lado estaba... ¿Por qué no está ya?... ¿Qué extraña pesadez es esta que embarga todo mi cuerpo?

Y como al pasar sus manos por el pecho notase que éstas se hallaban mojadas, acercóse vacilante á una bujía y allí vió que estaban manchadas de sangre.

—¡Sangre! ¿Estoy herido?—Y se volvió á palpar.—¡Sí—añadió—¡Sí, estoy herido!... Aquellos hombres... Pero, ¿y Mariem?... ¿Dónde está Mariem?... Tal vez haya ido á buscar algún remedio para mi herida... ¡No tardará en volver á mi lado!... ¡Ella, ella es la única criatura que me ama! ¡Su voz tiene para mí encantos irresistibles y basta para disipar mis duelos! En otro tiempo, yo era feliz... También me amaban mis vasallos. ¡Alláh me soureía desde su Trono, y parecía que la felicidad y la prosperidad iban para siempre á reinar en Granada!... Pero ahora!...

Y se interrumpió breve espacio en su meditación, quedando mudo y pensativo.

Tras de aquella pausa, procuró incorporarse, aunque sin poder conseguirlo por completo, exclamando:

—¡Mariem no vuelve! ¿Me habrá abandonado como me abandonan todos mis vasallos? ¡No puede ser! ¡Ella me ama! ¡Los genios han derramado con largueza en su corazón los efluvios de la pasión que me enciende, y esta pasión hace ya mucho tiempo que llena su existencia! ¡Mariem!—gritó—¡Mariem!

Nadie contestó á su llamamiento, y Mohámmad, llenó de inquietud, logró al postre levantarse y se dirigió á los aposentos de la hermosa cristiana, llamándola siempre.

Iba ya á trasponer el umbral de aquella cámara, cuando aparecieron á sus ojos lós dos desconocidos que llevaban el capuchón sobre el rostro.

—En balde la llamas, ¡oh Mohámmad!—exclamó uno de ellos deteniéndose delante del Príncipe.—¡Mariem no contestará á tu voz ya nunca!

—¡Apartaos sombras, espíritus malditos que os interponéis en mi camino! ¡Apartaos!—clamó el Sultán abriendo los brazos y retrocediendo á pesar suyo.

—¡Nó, Mohámmad!—replicó Juan Sánchez avanzando á medida que el granadino retrocedía.—¡Ha sonado la hora de nuestra venganza y tu castigo!

—¿Quiénes soís?—dijo Abdil-Láh turbado.

—¿Quieres saberlo? ¡Quizás tengas tú más memoria que esa infortunada mujer cuya razón has oscurecido alevosamente! ¡Míranos pues, si te atreves, cara á cara!

Y descubriéndose ambos hermanos á la par, cruzáronse de brazos delante del asesino de don Sancho.

No era, en verdad, fácil que éste pudiese recordar las facciones de Juan Sánchez y Jimén Pérez, en quienes apenas había reparado cuando la conquista de Al-Mantdar, y mucho menos aún después del tiempo transcurrido, durante el cual se había operado la natural transformación de aquellos mancebos, ya convertidos en hombres.

Pero Juan Sánchez era por extremo parecido al desventurado alcaide, esposo de Seti-Mariem, y al fijar el Príncipe sus vagos y des-pavoridos ojos en el semblante del joven, creyó que ante él se levantaba vengadora la sombra de don Sancho, cuya sangre había derramado dos veces.

—¡Don Sancho!—clamó.—¡Oh, tú, el Señor del Trono excelso, el Misericordioso Alláh! ¡Grandes deben ser mis culpas cuando conscientes que los muertos se levanten de sus sepulcros para venir á mi presencia!—añadió alzando al cielo la mirada.

—Te equivocas, Mohámmad—replicó Juan Sánchez.—¡No soy aquél á quien diste traidora muerte! ¡No soy aquél cuyo nombre has deshonrado!... Somos sus hijos, que hoy te pedimos estrecha cuenta

de la sangre de nuestro padre, á quien tenga Dios en su gloria, y de la honra que nos has arrebatado!

Al escuchar al arrogante castellano, operóse en el ánimo del Príncipe vigorosa reacción, y fortalecido por ella, á pesar de la debilidad de que era víctima, encaróse con los dos mancebos diciendo con acento alterado por la cólera:

—¡Ah! ¿Sóis vosotros? ¡Vosotros, á quienes perdoné la vida á ruegos de Seti-Mariem; á quienes dí libertad y colmé de riquezas para que regresáseis á Castilla! ¡Vosotros, quienes en las sombras de la noche, y prevaliéndoos de ellas, me habéis asaltado en el camino! ¡Vosotros, quienes después de herirme cobardemente, osáis insultarme aquí porque me véis abandonado, solo y sin alientos! ¡Vosotros, quienes decis me habéis arrebatado á Seti-Mariem!... ¿Venís, pues, á desafiar al león en su cueva? ¿Venís á desafiar al Sultán de Granada? ¡Insensatos! ¿Olvidáis que estáis aquí, ahora, en mi poder, que no podéis salir del recinto de este palacio, y que á una voz mía vuestras cabezas rodarán por el pavimento? ¡Insensatos!

—¡Nó! No estamos en tu poder—replicó Jimén Pérez, animoso.— ¡Eres tú, por el contrario, quien se halla en el nuestro, y vas á perecer á nuestras manos! ¿Crees, por ventura, que hemos de perdonarte la sangre de nuestro padre? ¿Crees que hemos de tener piedad de aquél que ha mancillado la pureza y la castidad de la que nos dió el ser, trastornando su cerebro y ahogando para siempre en ella la voz de la conciencia? ¡Oh! ¡Nó! ¡Nó, miserable! ¡Asesino sin corazón! ¡Tu hora ha llegado, y nada ni nadie podrá salvarte, porque es la justicia de Dios la que arma nuestro brazo, y es su mano omnipotente la que nos protege y anima! ¡Prepárate, pues, á morir!

—Aquí nos tienes—añadió Juan Sánchez.—¡Escoge entre nosotros á aquel que quiéras para que la justicia de Dios se satisfaga! ¡Que hasta que uno de los dos te haya dado muerte ó tú nos hayas muerto á los dos, como mataste á don Sancho Sánchez de Bedmar, nuestro padre, no hemos de salir de aquí! ¡Escoge!

—¡Pues entonces, ven tú—rugió el Sultán—y probarás mi esfuerzo! ¡No han entibiado los años el ardor de mi pecho ni tiembla ya mi mano como antes! ¡Ven!

Y tomando la espada que le tendía en silencio Jimén Pérez, Mohámmad se puso en guardia.

Entonces, lanzando cada uno su grito de guerra, trabóse entre aquellos dos hombres singular y encarnizado combate, que presenciaba el segundo hijo del alcaide de Al-Mantdar, esperando tranquilo el término de la lucha.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

XXI

Cuando después de pactadas las treguas que á solicitud del granadino concedía á éste el Sultán de Castilla, mediante la entrega de las fortalezas de Quadros, Chanquin, Quesada y Al-Mantdar y el tributo de cinco mil doblas de oro, los nassaríes abandonaban el asedio de la plaza de *Chezirat-ul-Haðhrá*—apartándose de las batallas de los castellanos, dos jóvenes guerreros tomaban el camino de Chien, y trasponiendo las fronteras de Castilla penetraban en el territorio del Islam, donde luego que hubieron cambiado de traje se hicieron pasar por fugitivos de la plaza de Chebel-Tháriq, conquistada poco antes por Ferrand-ben-Xanchol á los musulimes.

Bajo tales apariencias, llegaban muy en breve á la ciudad de Granada, donde, informados de la ausencia del Príncipe é impuestos muy al por menor de cuanto ocurría, no tardaron en cerciorarse de las pocas simpatías que entre los musulmanes se había granjeado Abú-Abdil-Láh Mohámmad III, á quien motejaban de abandono, por preferir las amantes caricias de cierta cautiva á los intereses del Islam en Al-Andálus, no faltando quien llegara hasta suponer que se había vendido cobardemente al tirano de Castilla, razón por la cual desmembraba el territorio de su propio reino, como parecía probarlo la entrega de las fortalezas antes mencionadas.

Susurrábase, aunque no con entera seguridad, que el nieto de los

Al-Ahmares permanecía, en tiempo de paz, la mayor parte del año retirado en uno de los castillos de las inmediaciones de Granada, donde la voz pública aseguraba que había mandado labrar secretamente magnífico palacio para morada de la cautiva nassari, con quien mantenía amorosas relaciones, y hasta se indicaba que el referido castillo era el de Piñar, en las inmediaciones de Hissn-al-Lauz, noticias todas que con gran diligencia recogían los dos nassaríes, á quienes, sin sospecha de lo que eran, un soldado etíope, de la guardia del Sultán refería, incitado por sus preguntas, la muerte del alcaide de Al-Mantdar, cuyo cuerpo había él mismo arrojado, por orden del gobernador del castillo de Piñar, desde los adarves de aquella fortaleza al abismo sobre el cual el referido castillo se levanta.

Corría entre tanto la voz de que Mohámmad llegaría en breve á Granada, de regreso de la desafortunada expedición contra los castellanos; y con efecto, confundidos entre la muchedumbre de curiosos que presenciaron en silencio la entrada del Príncipe en su córte, vieronle ambos donceles subir á su palacio de la Alhambra, de donde á las pocas horas, y aprovechando el crepúsculo de la tarde, le miraban salir, escoltado por algunos jinetes, para tomar el camino de Piñar, á donde se dirigía, sin duda alguna.

Aprovechando las sinuosidades y revueltas del camino, y tomando por atajos, seguíanle muy de cerca los jóvenes rumíes; y cuando juzgaron propicia la ocasión, por haberse adelantado el Sultán á las gentes que le acompañaban, habíanle salido al encuentro con ánimo de que les guiase y condujera al lugar secreto donde guardaba á la cautiva, en cuya presencia querían vengarse de aquel hombre, causa y origen de su orfandad y de su desventura, si, como sospechaban, la mujer que guardaba como un tesoro en tal paraje, era la esposa de don Sancho Sánchez, su padre.

No quiso la suerte que se realizasen sus deseos, por la repentina presencia de la escolta del Sultán; y ocultándose en las sombras, siguieron cautelosos al Príncipe, á quien, después de haber dejado á sus oficiales en el castillo, vieron desaparecer tras de la puerta que daba entrada á *Cassr-ul-mashur*, cuya existencia nunca hubieran sospechado.

Indecisos, pero al mismo tiempo animados por el espíritu de la venganza, que les poseía, permanecieron Juan Sánchez y Jimén Pérez, pues ellos eran, delante de la puerta del palacio subterráneo breve instante; después, y conociendo el lugar donde debía estar cerrada su madre, doña María, cuya transformación no sospechaban, comenzaron á recorrer aquellos sitios, no sin grave exposición de sus personas, dada la configuración del escabroso terreno en que se hallaban.

Al cabo de algún tiempo, como percibiesen por entre la juntura de dos enormes peñascos extraña claridad, siguieron el contorno de aquella masa escueta que se erguía en el espacio, y dieron, por último, con la boca de un precipicio que se abría á sus pies amenazante.

Después de rápida consulta, y ayudados de los salientes y de las plantas que crecían entre las breñas, decidieronse, no sin riesgo, á descender por el precipicio, lo cual efectuaron, encontrándose con una cueva ó almoguera á piso firme, por la cual penetraron así que tuvieron la certidumbre de que seguía la dirección de los enormes bloques graníticos por entre los cuales habían descubierto poco antes en la cima, la extraña claridad que denunciaba allí la existencia de lugares habitados.

Al extremo de la almoguera hallaron con regocijada sorpresa una *cobba* ricamente alhajada, y cruzándola con toda clase de precauciones, no tardaron, por los gritos que Mariem había lanzado al ver llenas de la sangre de Mohámmad sus propias manos, en orientarse, siguiendo siempre la dirección de aquellos gritos, merced á los cuales llegaban al *Beit-as-senán* en la ocasión de que el Príncipe caía desmayado; ¡que los designios de Alláh, el Excelso, serán siempre desconocidos para las criaturas!

Luégo que ambos mancebos se hubieron apoderado de Seti-Mariem, cuya locura les había profundamente afectado, dejábanla asegurada en la *cobba* inmediata á la caverna por donde habían hallado entrada al *Cassr-ul-mashur*, y deseosos de extremar su venganza, tornaban al *Beit-as-senán*, donde permanecía Mohámmad, empleando esta vez más tiempo en orientarse, pues desconocían por completo la disposición de aquel palacio subterráneo.

La lucha entablada entre Juan Sánchez y el Sultán duró muy breve tiempo, á pesar del encarnizamiento y el ódio de los combatientes: la fatiga, la debilidad y los años, habían, con cierta especie de supersticioso temor, enervado las fuerzas del granadino, mientras Juan Sánchez, joven, habil y robusto, como encarnación de la justicia divina, continuaba sin aparente cansancio esgrimiendo su tajadora espada.

La sangre de uno y otro corría en abundancia; pero ellos no parecían, sin embargo, sentirlo, ni se cuidaban más que de ofender y defenderse.

Mientras tanto, Jimén Pérez continuaba impassible en su sitio, contemplando con sorda cólera aquel espectáculo, que hacían más extraño el lugar en que se hallaban y la luz reverberante de las lámparas, encendidas para iluminar sólo escenas de amor, y no escenas de sangre y de muerte.

Al fin, lanzando agudo grito, dejó el Sultán caer su espada, y llevando la mano al pecho, sintió que sus piernas vacilaban y que la habitación giraba en torno suyo.

Después, como impulsado por fuerza irresistible, cayó derribado en tierra, con los ojos abiertos y los labios contraídos, aunque sin pronunciar palabra alguna.

—¡La justicia de Dios está cumplida!—exclamó lúgubrementes Juan Sánchez, limpiando el ensangrentado acero y volviéndolo á la vaina—¡Qué Dios maldiga tu espíritu, y que Satanás se apodere de él por todos los siglos de los siglos.

—Amén—repitió Jimén Pérez.

Y volviendo ambos á cubrir sus cabezas con el capuchón del bañador que vestían, abandonaron el aposento, dirigiéndose al lugar donde habían dejado á su madre.

Procurando acallar sus gritos, condujéronla en brazos fuera de la cueva; y anudando allí sus largas fajas, ceñían con uno de los extremos el talle de Seti-Mariem, mientras con el otro Jimén Pérez trepaba, no sin fatiga, por las breñas, ayudado de su hermano Juan Sánchez, consiguiendo, tras de inauditos esfuerzos, sacar de aquellos lugares á la cautiva.

En la falda del monte, á otro lado de la garganta en que se hallaba el pueblecillo, les aguardaban sus caballos, y montando en ellos, abandonaban al escape á Pñar, tomando la dirección de la frontera.

.....

El sobresalto y la indignación de los musulimes fueron grandes cuando tuvieron conocimiento del grave estado en que se hallaba el Sultán y conocieron por sus labios el riesgo que había corrido.

Porque la espada de Juan Sánchez no había logrado, merced á la protección de Alláh, separar el alma de aquel cuerpo, y que *Malak-al-maut* batiese sus negras y medrosas alas sobre la frente del nieto de los Al-Ahmares! ¡Alabado sea Alláh! ¡Ensalzado sea!

Largo tiempo duró la convalecencia del Príncipe, retardada por la certidumbre de la ausencia de su amada Seti-Mariem, siendo, por desventura, inútiles las gestiones que se hicieron para conseguir averiguar el paradero de los hijos de don Sancho, quienes seguramente habían puesto en salvo sus personas y la de su madre, penetrando en territorio de Castilla.

De las indagaciones hechas, con más interés y amor que fortuna, por el kátib Isahack-ben-Chábir, á quien encomendaba principalmente el Sultán tan delicado encargo, resultaba que al día siguiente de aquel en que había sido tan peligrosamente herido Mohámmad, dos jinetes, conduciendo uno de ellos una mujer, habían aparecido en los pueblos de la frontera de Chien, sin que nadie acertara á dar mayor número de explicaciones.

Aquel desventurado suceso, el disgusto con que los musulmanes veían la inacción del Príncipe en las circunstancias verdaderamente azarosas por que el Islam atravesaba, amenazado en Almería por el Sultán de Aragón; la enemistad que se había granjeado el guazir Abú-Abdil-Láh Mohámmad Al-Lahmí con el poderoso alcaide Abú-Bekr Atik-ebn-Al-Maul, pariente del Amir y las banderías que se habían formado en todo el reino, con otras más de análoga especie, causas eran legítimas de la profunda amargura que llenaba el corazón del nieto de *Al-Gálib-bil-Láh*, para quien ya la vida no ofrecía atractivo alguno, separado como estaba del único bien que había

gozado, de la única mujer que había poblado de encantos su existencia!

Así, pues, cuando el día primero de la luna de Xagual de aquel año de 708 (1) formidable rumor y vocerío, que resonaba en todos los ángulos de la ciudad, subía amenazador y soberbio, como el clamor del oleaje combatido por la tempestad, hasta llegar á las puertas de su mismo Alcázar de la Alhambra, proclamando Sultán de Granada á su hermano Abú-l-Choyux Nassr, oyó Mohámmad aquel griterío desenfrenado y aquella voz del pueblo casi con regocijo, pues le aliviaba de un peso con el que no podía su decaído espíritu.

La turba desenfrenada, que apoderándose de la persona del guazir Al-Lahmí, le daba horrible muerte casi á presencia del Príncipe y saqueaba violenta y destructora como un incendio la morada de sus señores, no causó espanto alguno en su pecho; y haciendo allí, en presencia de la muchedumbre, abdicación y renuncia de la sultanía, apresurábase á reconocer á su hermano como su señor y su dueño, mientras aniquilado, poseído de la mayor indiferencia, sin alientos para nada, carcomido por la desesperación, acataba la orden del nuevo Sultán, marchando á Al-Munnecab (2) sin pronunciar sus labios la menor protesta.

—¡Loado sea Alláh!—exclamaba al abandonar el amurallado recinto de la que fué su corte, para encerrarse en la fortaleza designada por su hermano.—¡Loado sea Alláh, que en su misericordia infinita me concede la paz por mí tanto tiempo codiciada! ¡Que Alláh prolongue los días y los bienes del Sultán mi señor Abú-l-Choyux-Nassr, y le esfuerce y le proteja!

(1) 14 de Marzo de 1309.

(2) Almuñécar.

XXII

Destruídos por la vencedora espada del Amir Nassr los proyectos del Sultán Cháymis, á quien llaman los rumíes *Al-Adel* (1), obligándole á levantar el cerco de Almería, y desvanecidas al par las esperanzas del tirano de Castilla (¡á quien maldiga Alláh!), Granada volvió, aunque no para siempre, á recobrar la tranquilidad perdida, y con ella renacieron la animación y el entusiasmo de los buenos musulimes.

Entregado á sus propios tormentos, llegaban á oídos de Mohámad en su forzado retiro nuevas tan lisonjeras para el Islám, y regocijábase de ellas como verdadero siervo del Misericordioso, llorando siempre la ausencia de Seti-Mariem, que era la única aspiración de su quebrantada vida.

No era ya posible, no, que sus ojos volvieran á mirar aquel rostro peregrino, más hermoso que el de la luna llena; que volviesen á escuchar sus oídos aquel acento, cuyo eco vibraba todavía en su corazón con dulzura inefable y superior á la música regalada de las huríes del Paraíso! ¡No tornaríá ya á embriagarse con el perfume delicioso que exhalaban los labios de aquella mujer, rojos como la flor del

(1) *El Justo*, don Jáime II.

granado, frescos como la alborada y sonrientes como las promesas del mismo Alláh! ¡No sentiría más sobre el suyo los latidos amorosos de aquel corazón que encerraba sólo para él tesoros de cariño por influjo de los buenos genios!

El pasado era para él horrible pesadilla, y en sus sueños veía siempre alzarse á su presencia con sombrías tintas la figura de aquellos dos donceles, que le pedían cuenta de su honra y que le arrebatában el tesoro por él máspreciado en la tierra!

Inútiles habían sido todos los esfuerzos que había hecho para asegurar la posesión de Seti-Mariem, cuya imagen celestial aparecía en su delirio para desvanecer las sombras que envolvían todo su ser y que le agobiaban bajo su mortal pesadumbre!

Separado de ella, valiera más que la desenfadada soldadesca que había dado cruel é inmerecida muerte á su guazir Al-Lahmí, hubiese también cortado el hilo de su existencia, que ya no tenía objeto!

Todas sus ilusiones habían desaparecido, y su única aspiración consistía en recobrar á Seti-Mariem.

¿Cómo era posible que lo realizase, si la voluntad del Sultán le prohibía trasponer los límites de aquella fortaleza?

Por eso, cuando extraña dolencia, apoderándose de Abú-l-Choyux Nassr, hizo que en los adormecidos partidarios de Mohámmad despertase la ambición, y juzgando ya muerto al nuevo Sultán, sacasen de aquel retiro al vencedor de Al-Mantdar para hacerle entrar de nuevo en Granada, latió su corazón apresurado como en los días de su juventud, y alentado por vaga esperanza, aceptó los ofrecimientos de los que se decían sus partidarios, sólo para utilizar los medios poderosos que su restauración en el trono podría facilitarle para buscar á su adorada.

Pero Alláh en sus decretos inexcrutables no lo permitió: porque al trasponer las puertas de la ciudad, alegre y regocijado rumor de músicos instrumentos anunció á Mohámmad y anunció á sus partidarios que el Sultán había felizmente recobrado la salud, con cuyo motivo, picando presuroso espuelas á su cabalgadura, sin detenerse á escuchar á sus partidarios, cruzando por Granada como un loco,